

Trabajo preparado para la revista *Águila y Sol*, Buenos Aires, septiembre 1997.

EL MEXICO DE LOS TIEMPOS DE LA INSURGENCIA

Para don Valentín Gómez Farías, *Tatita*, que lo vivió
Torcuato S. Di Tella

La caída de la Alhóndiga de Guanajuato ante las huestes de Hidalgo debería tener en la historia latinoamericana la misma importancia que tiene para Europa la de la Bastilla. El hecho de que esto no sea así es parte de nuestro problema, que sólo el tiempo, acompañado de una seria reflexión sobre nuestras raíces, podrá remediar.

La violencia masiva desencadenada por el Grito de Dolores diferencia a la sociedad que la generó de muchas otras del continente. Porque no en todas partes pasaron las mismas cosas. En el mismo México, después de las grandes guerras de Reforma y de Intervención, el sistema cambió radicalmente, hacia un sólido y más conocido unicato, que puede haber sido mejor o peor, pero que por cierto fue distinto.

A finales del período colonial México tenía una red de ciudades y centros productivos sin parangón en otras partes del continente. Las concentraciones productivas en minería eran de las mayores del mundo, con empresas como la Valenciana con más de 3.000 trabajadores. Otra gran aglomeración de mano de obra se daba en las fábricas de cigarrillos, de las que la de la capital reunía a unas 7.000 personas, en parte trabajando en sus casas y en parte reunidas en una gran estructura cerca del centro. Los obrajes textiles también nucleaban a una numerosa mano de obra, a menudo forzada.

Todo esto iba asociado a una fuerte polarización social, con grandes masas de pobres urbanos y rurales, incluyendo a los marginales y semicupados de la capital. Al mismo tiempo, un numeroso artesanado, que ocupaba posiciones medias en el espacio social, suplía las necesidades de la masa de la población, sobre todo en el área textil, y las más diversificadas de los pudientes de la época. El sistema español de controles comerciales, sin proponérselo, había dispensado un manto de protección a las artesanías locales, al impedir la entrada de los productos ingleses más baratos.

La lucha por mantener la protección industrial después de la independencia fue uno de los ejes alrededor de los cuales giró la política de la época, y por varias décadas el proteccionismo se impuso, permitiendo la creación de una fuerte industria textil, con energía hidráulica y maquinaria moderna, con empresas de varios centenares de obreros, ya muy pujante en los años treinta del siglo.

A esta contraposición entre proteccionistas y librecambistas hay que agregar la más básica que enfrentaba a los pobres contra los ricos. Aunque este conflicto es universal, en ciertos países y épocas se da con mayor intensidad. Ya José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, decía que mientras en América del Sur la independencia había sido apoyada por "los ricos", en México sólo "los arrieros, caporales, vaqueros, cocheros, uno que otro abogado sin blanca y tal cual clérigo desesperado" habían luchado por ella. Lizardi exageraba, pero es un hecho que la explosión de la Insurgencia sólo tiene equivalente en episodios como el de Túpac Amaru o el de los esclavos de Haití.

Como resultado de la peculiar estructura social del país los conflictos entre sectores dominantes y clases populares tenían mayor intensidad y mayores posibilidades de expresarse en México que en casi cualquier otra parte del continente, y de hecho explotaron durante los años de la Insurgencia. En el Perú el recuerdo de la gran rebelión indujo a la mayor parte de las clases medias y altas criollas a la pasividad, y también en México, después del evento, gran parte de esos sectores adoptaron una política conservadora de apoyo al régimen colonial español. Pero la destrucción de vidas y fortunas que se produjo, unida a las convulsiones ocasionadas por la relativa apertura al comercio internacional, generaron entre las clases altas una importante cantidad de individuos en condiciones económicas angustiosas, decididos a recuperar su fortuna a través de la acción política. Lo mismo ocurría a niveles medios, haciendo proliferar a los llamados "aspirantes", individuos permanentemente a la búsqueda de nuevas

combinaciones políticas para poder medrar.

Una de las posibles estrategias a ser adoptadas por estos incansables practicantes de la *ars combinatoria* era la movilización popular. La masa accesible de esta manera era numerosa, y buena parte de ella fogueada en la Insurgencia, acostumbrada a arriesgar la vida en socavones y trajines de arriería, o a despreciarla por vivir al borde de la miseria en los barrios populares de las ciudades. Claro que agitar a esta gente era peligroso, porque podían descontrolarse y producir daños irreparables a quienes tenían algo que perder. Este era el momento de poner freno al activismo popular, quizás por parte de algunos de sus propios instigadores.

Es así como se generaron las condiciones estructurales para una sucesión de ciclos de movilización popular y de represión, basados en coaliciones de grupos a menudo disímiles tanto en lo económico como en lo ideológico, pero que tenían algunos elementos en común. Los integrantes de estas coaliciones estaban forzados a continuas oscilaciones en sus estrategias, ocasionadas por este problema de cómo suscitar un apoyo popular suficientemente fuerte para vencer a sus enemigos, pero al mismo tiempo controlado para no atemorizar excesivamente a esos mismos enemigos o a los propios aliados.

Otra muy conocida línea de ruptura era la que separaba a clericales de anticlericales. Como la fuerza de la Iglesia era bastante mayor que en casi cualquier otro país del continente, los conflictos en torno a ella, y al control sobre sus ingentes recursos, tenían inevitablemente que ser más intensos. En resumen, entonces, la combinación de las tres líneas de clivaje, la proteccionista-librecambista, la de clases altas versus populares, y la de Iglesia versus anticlericalismo, originó una fuerte fragmentación de actores, creando una pesadilla de posibles y de sólo aparentemente imposibles alianzas.

Las formas de la participación popular

Después de la Insurgencia el fenómeno de la participación popular no podía ser ignorado por nadie que quisiera actuar en política. Ya en España la resistencia contra Napoleón había tenido efectos parecidos, porque se había basado en una acción descentralizada, con fuerte movilización, y con dirigentes promovidos desde abajo, tanto en el sector clerical tradicionalista como en el liberal exaltado. El resultado de esas luchas fue la adopción del sufragio casi universal masculino, insólito en la época, que fue sancionado por la Constitución liberal de 1812, y adoptado en muchos países de América. Aunque las elecciones no eran genuinas, eran de todos modos capaces de movilizar a importantes sectores, que de alguna manera era necesario enmarcar.

Otra forma de participación era a través de las milicias, que complementaban a las fuerzas regulares, no siempre capaces de llenar todos los frentes necesarios de acción armada, los que incluían el mantenimiento del orden interno. Las milicias podían ser reclutadas de diversas maneras, pero basadas siempre en una población civil que sólo esporádicamente entraba al servicio de las armas, y entonces cobraba una pequeña suma y eligía a sus jefes, lo que creaba condiciones sociales muy particulares en esos cuerpos. El liderazgo que emergía de sus filas era fuertemente populista, y exigía en los jefes dotes caudillistas fácilmente transferibles al campo de la política. La disputa por organizar de diversas maneras a las milicias y acceder a su dirección se convertía a menudo en tema de conflicto entre facciones. Por otra parte, las milicias proveían una vía de ascenso social y de mantenimiento de clientelas para individuos de origen modesto, aspirantes también ellos, pero de status más bajo que los que provenían de las capas más altas de la burguesía.

Entre los aspirantes de nivel modesto estaban también los que actuaban en tareas civiles y no militares, especialmente en el periodismo y en los ayuntamientos. Los límites, sin embargo, no eran muy nítidos, y eran pocos los civiles que no habían tenido alguna actuación en las milicias. Típicos entre los aspirantes de origen modesto dedicados al periodismo eran los panfletistas, gente como el ya citado Pensador Mexicano, que además era novelista muy leído, capaz de arreglárselas para sobrevivir de su pluma.

El mercado para esta literatura popular era grande, incluyendo a los que compraban para leer y a los que escuchaban los chismes en bodegones y pulquerías, en fin de cuentas, un equivalente de las actuales comunicaciones de masas. Este condimento político contribuía a darle más sabor picante a los entretenimientos y diversiones que con abundante consumo étlico ponían una nota de color en la vida de duro trabajo que era la de la mayor parte de la población.

El nivel intelectual de estas publicaciones, claro está, no podía subir a alturas demasiado grandes si es que iba a mantener su público, en otras palabras, lo mismo que hoy día.

Entre quienes mantenían contactos estrechos con las masas debe darse lugar preeminente al clero bajo, tanto el secular de los curas de parroquia como el regular de los frailes. Era este último un grupo muy numeroso hacia fines de la época colonial, formado por individuos de origen social modesto, que vivían muy cerca de la pobreza de los barrios populares. Era más fácil entrar a un convento que llegar a ser cura a cargo de una parroquia, de manera que las órdenes se llenaron de individuos provenientes de la baja clase media, sin vocación religiosa, que se iniciaban a una edad excesivamente joven. Los frailes hacían obras de caridad, alimentaban en las puertas de sus conventos a los *homeless*, y en busca de limosnas llegaban a conocer íntimamente el modo de vida de los habitantes de la calle y aún el de la picaresca. Todo esto, claro está, aparte de concitar el favor divino ofrecía por añadidura algunos réditos políticos.

El modo de vida de los frailes, dada la falta de vocación religiosa de la gran mayoría, era un verdadero infierno, del que se podía salir peleando por posiciones de jerarquía, llegando a ser prior de convento, o provincial o consejero de la orden, cargos sujetos a elección y a menudo a rotativa entre criollos y gachupines. También estaba la vía de escape de la agitación política, enrolados en el tradicionalismo católico, o a menudo al servicio de nuevos evangelios. Los frailes eran potenciales fanáticos y líderes de masas, para quienes pasar de ultramontano a liberal exaltado era en el fondo seguir en lo mismo, como intérpretes de diversas pero espontáneas facetas del sentir popular.

De cómo voltear a un gobierno

Había dos formas de voltear a un gobierno: una era haciendo apelación a las fuerzas armadas, la otra al pueblo. En una época en que un hombre fácilmente conseguía un arma y se convertía en contrincante parejo de un soldado -- y más aún si conseguía un caballo y era diestro en montarlo -- el monopolio de la violencia por parte de las fuerzas armadas no era tan evidente como hoy. Por eso es que tenía tanta relevancia el tema de la organización de las milicias, como formas de reclutar, en forma más o menos legitimada, hombres armados adicionales. Pero igualmente importante era la convocación rebelde de puebladas irregulares, fácilmente armadas, muchos de cuyos componentes habían tenido experiencia en las milicias, sea como miembros rasos o como jefes.

Por otra parte, para usar al ejército en un golpe era necesario asegurarse de cierta homogeneidad de opiniones en su seno. Si esa unidad no existía, la ayuda de un sector de milicias, o de gente reclutada en el momento, podía ser decisiva. Pero eso implicaba tener acceso a estructuras adecuadas de convocatoria, pues de lo contrario al primer encuentro se dispersaban.

La presencia de masas en la calle, en manifestaciones o reuniones de protesta, aún antes de los levantamientos o pronunciamientos, contribuía a formar la opinión, tanto en la población en general como en la elite civil o militar. Esas manifestaciones populares, o expresiones espontáneas en lugares de entretenimiento, eran indicadores de su capacidad de transformarse en masas armadas, disponibles por quien gozara de predicamento entre ellas. La conversión de una manifestación aparentemente pacífica en armada era más fácil entonces que hoy, y más potencialmente efectiva, dada la tecnología militar.

Las mismas elecciones implicaban el manejo de tensiones de este tipo, porque a diferencia de lo que se hace hoy, en aquel entonces se juntaba casi todo el electorado a la mañana, con ayuda de una misa para obligarlos a asistir y para serenar los ánimos. Las urnas quedaban abiertas por el resto del día sólo para quienes llegaban del campo o para algunos catrines a quienes no les importaba perderse la misa tempranera.

Como las elecciones eran "cantadas", esto es, sin voto secreto, y con padrones y control de identidad poco serios, se piensa a menudo que no eran genuinas, que meramente convalidaban a los poderes existentes. En este juicio, sin embargo, se están extrapolando indebidamente hacia el pasado experiencias más recientes. Genuinas, lo que se dice propiamente hablando genuinas, no eran, pero eso no quiere decir que las controlaba siempre el gobierno, aún cuando éste fuera un poco dictatorial.

Los tumultos o asonadas populares podían ser usados por elementos de las clases

dominantes en lucha unos contra otros, o por los que querían cambios modernizadores, pero también por las fuerzas conservadoras contra las de la innovación. En la misma Insurgencia la influencia del liberalismo estuvo subordinada a la de una versión antigachupina de los mitos religiosos en su versión guadalupana.

En las primeras décadas de la independencia tanto en el campo como en las ciudades la presencia de masas socialmente movilizadas fue un factor muy central en crear el sistema político de la época. La proliferación de grupos inseguros, amenazados o en descenso social en las capas medias y altas de la población proveía de líderes a esa masa, y desestabilizaba el sistema de control social, aún cuando no tuviera las condiciones para subvertirlo totalmente.

*

Si hubo alguna vez un país "ingobernable", ése fue el México de los primeros tiempos de su vida independiente. La inestabilidad y las contradictorias alianzas que lo caracterizaron le han dado a los políticos de aquella época una fama poco envidiable, que es preciso corregir para evitar la proliferación de monstruos y endriagos que, a escala continental, obstaculizan la comprensión de nuestra propia realidad y la valoración de nuestras raíces. No era fácil en aquellos días ejercer una vocación política, o tener responsabilidades cívicas súbitamente cargadas sobre los propios hombros. Es tiempo ya, si no de rehabilitación, al menos de alguna compasión por quienes nos precedieron en esta difícil área de la acción pública.

Torcuato S. Di Tella, profesor de sociología de la Universidad de Buenos Aires, es autor de un libro sobre *Historia de los partidos políticos en América Latina* (FCE, 1993), y otro sobre *Política nacional y popular en México, 1820-1847* (FCE, 1994).